

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEON

Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN:
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre	1,50 pesetas
Año	8
Provincias y Portugal, semestre	4
Extrajero y Ultramar, año	16
Número atrasado	0,25
25 ejemplares	1,50



AÑO IV

Madrid 14 de Julio de 1898

NÚM. 140

NUESTRAS DEFENSAS

(PROYECTO DE GEDEON)



Parápeto superior
que ha de gustar á la gente.
¿Resiste? Pues, excelente.
¿Le destruyen? Pues, mejor.



Jueves de Gedeón

—¿Has leído el libro de Polavieja, Calínez?
 —No, Gedeón, pero leí en el *Heraldo* que aquel distinguido general salía lleno de salud para la *Bourboule* á t. mar unas aguas que no le hacían falta y por su deseo de no abandonar España en estos momentos.
 —Bueno, no me contestes por el consabido y acreditado sistema de Ollendorf:—¿Ha leído usted el libro de Polavieja?—No señor; pero aquí tengo el *Heraldo* ó el *paraguas de su tío*. Te pregunto únicamente si has leído esa obra.
 —Y te respondo únicamente que no la he leído, pero que me imagino que el vencedor de los tagalos dirá en ella verdades como puños. Dirá que cuanto hoy ocurre estaba previsto, que él se lo advirtió á los gobernantes españoles, y que los gobernantes españoles no le hicieron ningún caso. Esta historia es más sabida que la de las curaciones logradas con el maravilloso jarabe de la anciana Madre Seigel, y por algo Romero Robledo... ¿Has estado, Gedeón, en el circo de Price?
 —Yo no.
 —Hay un clown graciosísimo. Pues como iba diciendo, por algo Romero Robledo afirma actualmente que no se debe hablar de responsabilidades, pues estas alcanzan por igual á todos los hombres políticos, sino darle á él el Poder para que continúe incurriendo en ellas.
 —¿Y qué hace ese clown de Price tan gracioso?
 —Verás, presenta dos gallos que cantan cuando él quiere.
 —¿Caramba, de eso al turno pacífico de los gallos en la gobernación del Estado no hay ni un adarme.
 —Pues como lo oyes. Esos dos gallos, Sagasta y Silvela, como si dijéramos, salen muy serios á la pista, lo mismo que si se presentaran ante el tribunal de la opinión pública. Su amo le dice á uno de ellos: ¡Canta, Sagasta! y Sagasta lanza un ¡quiquiqui! más agudo que el apetito de sus parientes. Mientras tanto, el gallo Silvela se pasea con cierto gesto *despectivo*. Tócale al fin el turno de cantar, y lanza el mismo ¡quiquiqui! de su compañero un poco más velado ó un tanto más temblón, pero esencialmente el mismo.
 —Ya sé, Calínez, el ¡quiquiqui! de la paz tan grato á las gallinas.
 —¿Ese!
 —Pues ¡ay, amigo mío! tiemblo por el primer gallo; aseguran que hay crisis total, ó dicho de otra manera, arroz y gallo muerto. ¿Qué va á hacer el clown del circo de Price cuando se quede con un solo animalito?
 —Pues seguir en Madrid, donde no le costará gran trabajo encontrarle sucesores. ¿Qué más querría el pollo de Antequera sino llegar á gallo! ¡Y sobre todo a gallo de pista!
 —¿Y Gamazo no se daría con un canto en un cliente por conseguir tan alta posición?
 —Claro que sí; pero no hables en estos momentos de Gamazo. El pobre está afligidísimo, ¡ha tenido un incendio electoral!
 —¿Cómo un incendio electoral?
 —Sí, amigo mío; se le ha quemado el manicomio de Valladolid, teatro de sus mayores triunfos político-provinciales.
 —¿Y qué ha hecho de aquellos electores?
 —Llevarlos al presidio.
 —¿Bah! pues sabiendo dónde están, el edificio que ocupan es lo de menos. Escucha, ¿y será cierto que se piense en él para sustituir á Sagasta?
 —¿Qué dices, en el presidio?
 —No, hombre, en Gamazo.
 —Me parece muy verosímil, porque ahora todos los patriotas y todos los carambolistas somos partidarios de la paz á *outrance*, ¡y como Gamazo es el abogado de la paz!...
 —¿Pobre señora, qué cara va á costarnos!
 —Carísima, Gedeón, carísima. Nos quedamos sin Cuba, sin Puerto Rico, sin Filipinas, sin Canarias y sin Fernando Póo y aun sin Baleares; ¡pero se salva Boecillo!
 —Entonces no es tan grande la catástrofe. Me habías asustado. Nada, nada, que venga inmediatamente Gamazo á liquidarnos.
 —Querrás decir á gobernarnos.
 —Lo mismo da, son palabras sinónimas. Pero reflexionemos un instante ¿por qué les parece ahora tan necesaria y tan urgente la paz á nuestros hombres políticos?
 —Porque no tenemos marina.
 —Pues lo mismo sucedía antes y se hartaban de gritar ¡guerra! ¡guerra! Supongo que no llamarían marina á los barcos inservibles de Montojo, á los cuatro cruceros de Cervera, y á las misas que oye el ministro del ramo. Si la razón para la paz es esa, esa razón existía antes de emprender la guerra. Poseer como poseíamos una escuadra en fuga, por su inferioridad numérica, no era poseer mucho.
 —¿Pero teníamos otros medios terriblemente ofensivos!
 —Ya lo se, el torpedo que disparó Auñin en Cartagena en nombre de S. M. el Rey.
 —Y los que no llegaron á tiempo á la bahía de Manila.
 —Y los espantables entorpecidos, llamados así, no por los torpedos que no lanzan, sino por lo mucho que entorpecen.

—No, digas tú lo que quieras, no estábamos tan mal de medios navales: lo que sucede es que no nos ha favorecido la fortuna para aprovecharlos. Ahí tienes tú la única expedición con suerte ha sido la de Cámara.
 —Llevaba ésta al zarpar de Cádiz dos barcos de combate. Pasa con ellos el canal de Suez, recibe orden de regresar á España y vuelve con cuatro.
 —¿Cómo con cuatro?
 —Sí hombre, en los libros de la compañía del Canal, donde se anotan los pagos de derechos, figurará Cámara con cuatro barcos; dos de ida y dos de vuelta.
 —Toma ¡tienes razón! Mira por donde las imprevisiones del Gobierno resultan útiles á la patria!
 —¿Pobre patria la nuestra, querido Calínez! Pobre patria que sólo tiene barcos para pagar por ellos derechos dobles. En fin, no nos entristezcamos demasiado. Los buques yanquis estarán ya camino de España para bombardear nuestros puertos, y sus primeros cañonazos harán decir al Gobierno actual ó al que le suceda: «A propósito de cañonazos...»
 —Y á todo esto D Carlos preparándose en Bélgica.
 —¿Piensa enviudar otra vez?

AYER, HOY Y MAÑANA Ó LOS CONSEJEROS RESPONSABLES

(VERSOS LIBRES Y CABEZAS ÍDEM)

Todas las tardes á eso de las siete después de haber dormido bien la siesta, se reúnen en Consejo los ministros que decididos á salvar la patria se encuentran, todos absolutamente. La palabra don Práxedes Mateo suele tomar primero que los otros, pues por ser viejo sabe más Sagasta que por ser presidente del Consejo, y después de apurar un hondo vaso con horchata de arroz, pausadamente, la situación expone.

—Hemos venido— suele decir, cual de costumbre hacemos para tomar acuerdos importantes con respecto á la paz. De hoy ya no pasa. Por la primera vez en mi existencia, estoy resuelto á obrar con energía...

(Tose Gamazo y bizca el noble duque aun más que siempre. Capdepón, ronquidos lanza suaves, Groizard babea y Auñin, con unos mapas arrollados hace una trompetita en la cual sopla.)

¿Qué? ¿Acaso no creéis que soy energético? Pues, si lo soy, caray; que Cruz os diga si á veces no me enfado y me enfurruño. Bueno, pues es preciso que acordemos todo eso de la paz, aquí esta tarde; porque el problema es grave, pistonado; calculad que aquí dentro de dos meses no queda un perro. *(Sensación profunda.)* Y entonces, cuando llegue la catástrofe ¿quién podrá mantener a la familia? ¿Qué haré yo con mi yerno y mis sobrinos? ¿Y vosotros, señores, con los vuestros, pues todos los tenéis al respetivo?... Preciso es resolver. Ya no hay espera. Perezcan las colonias y salvemos nuestra nómina pingüe y regalada. ¿No os parece?

(—Si, si—gritan unánimes.) Me agrada y me complace el patriotismo de que estáis dando *levantadas* muestras. Ya veo el rosicler de la esperanza, que antaño me sirvió de buen agüero, pintar el horizonte... y no prosigo porque todos tenéis en la memoria el párrafo, tomado de un período de Castelar.

(Gamazo exclama:—Al grano.) De eso y de lo otro menester habemos á fin de sustentar nuestra energía. Vayamos, pues, haciendo concesiones.

¿Qué harás tú por la paz, noble Almodovar?
 —La paz contemplo con muy buenos ojos. *(Correa, por lo bajo:—Ya quisieras.)* y como, aunque me esté mal el decirlo, sé muy bien el inglés, dificultades no he de poner y ya verá Mac Kinley si manejo tal cual la ortografía. Ahora, lo que no puedo en modo alguno es declarar aquí mi pensamiento, porque en estas cuestiones diplomáticas toda reserva es poca. El buen Agüero que fué á Viena para ardirlo todo y León y Castillo han de arreglarnos, yo os lo juro, una paz barata y digna. Yo echaré el alboroque: unas botellas de *Tío Pepe*, del año veintiocho: cosa rica y selecta. ¿Qué os parece?

CAPDEPÓN. —A mí me tira más el *Alacharudo*.
 R. GIRÓN. —Chécala, Capdepón, que has *estao* bueno.
 SAGASTA. —¿Y usted, que opina, don Germán!
 GAMAZO.

—Señores, yo, al grano, como siempre, me dirijo; la cosecha este año ha sido mala; y en Boecillo, señores, el alcalde y el cura y el albeitar, partidarios son de la paz. Esta opinión nos sirva para ilustrar la nuestra. Además de esto, sospecho ya hace días que ese López, que dirige la Hacienda, está tocando la viola. Si él sigue, empenaremos hasta el cupón. Y no cobrará nadie, ni réditos ni rentas... Solamente un hombre como yo la Hacienda hispana sacar podría á salvo. La Península con colonias ó sin, en hipoteca con garantías sólidas daremos, y así todo quedar puede arreglado. Gritemos todos:—Paz, paz... é intereses...

CORREA. Yo ya no aguanto más, ea, señores ya estoy viendo que sois unos estetas; yo me voy atufando y si se atufan como yo otros cien mil que yo conozco, va á haber lluvia de estrellas y de estacas y ya sabéis lo que os pasó hace años. Conque, á callar, y que la guerra siga. Yo me agarro á Correa y no le suelto.
 —¿La pazá todo trance!
 —¡A toda costa guerra! *(Se arma un jollín de dos mil diablos)*
 SAGASTA. Señores, no pegaros; paz y calma. Quede la discusión para otro día, pues lo importante es evitar disgustos: mañana llegaremos á un acuerdo ó pasado mañana. Cruz, escribe: Retiñese el Consejo. Dos ministros encuéntranse con leves erosiones, que les permiten continuar la lidia. Hubo unanimidad de pareceres respecto de la paz. El patriotismo prohíbe dar explicaciones amplias. Dale esa nota á Piavez y colegas y díles que mañana volveremos.

LA SEÑÁ PAZ

¿Qué espectáculo tan admirable! Esos ciento veinte mil fusiles que todavía no se han estrenado en Cuba contra los yanquis, esas formidables baterías de la Habana, donde Sotomayor, Ordoñez y Aguilar lucieron su dominio de la ciencia artillera, esas piezas de costa recién salidas de Trubia para nuestros puertos, saludarán con salva formidable el advenimiento feliz de una paz que nos escamotea las colonias sin daño ni gloria para nuestro ejército, una paz que, según la frase del vulgo, nos deja compuestos y sin novia.

Los soldados de Cuba, que son los que pagan el pato, no quieren la paz, el general Blanco se expresa en el mismo sentido, pero el Gobierno de España, ese Gobierno que tan sabia y oportunamente mandó á la escuadra que saliese de Santiago de Cuba, manda ahora con la misma sabiduría y oportunidad que la paz se haga para que se salven los restos de nuestro imperio colonial.

Los restos ¿y para qué queremos los restos? Los restos para el perro, Sr. Sagasta. Todavía no hemos perdido á Puerto Rico, pero una vez declarada la autonomía ¿qué dominio, ni que ocho cuartos, tenemos ya sobre la pequeña Antilla?

Las Filipinas son nuestras aún; más perdido irremisiblemente nuestro dominio moral, ¿vamos á sostener sobre bayonetas las mil y tantas islas del archipiélago?

Abandonando por completo América y Oceanía estará de enhorabuena la nación.

Un sólo resto que se conserve de nuestro imperio colonial impedirá toda regeneración; por aquél agujero se marchará toda nuestra sangre y á costa de dinero y de trabajos no haremos más que criar cuervos y empollar Trafalgaes.

¿A qué la paz sin sangre para el yanqui, si lo que se ha de perder ya está perdido?

—¿Y las Canarias?—dicen—¿y las Baleares? Semejante conquista acaso fuera nuestra mejor venganza.

Los yanquis en Europa traerían la guerra continental que tanto gusto había de darnos, y aunque no la trajesen, la posesión de Baleares ó de Canarias tendría para ellos los mismos inconvenientes que ha tenido para nosotros la posesión de las Antillas.

Pero queda el peligro de las costas de España, el anuncio de que viene, primero Watson y Sampson después y luego Dalila con las tijeras...

Es verdad, es verdad. Bien vale la paz el veraneo tranquilo, la salud preciosa de nuestros políticos que veían con horror transcurrir el verano en este horno de Madrid, los lastimados intereses de algunos casinos y de no pocos balnearios.

Abandonemos las aguas de América, pero no perdamos las aguas minerales.

Venga la paz enseguida, pronto, reventando callos de vapor por esos mares; venga como esté, sin cortarse las uñas ni nada.

Esta manera urgente de pedir la paz, alzando el dedo y apretándose el vientre, acusa sin duda una necesidad personal, íntima, apremiante en los políticos que desean la paz.

Es la necesidad del veraneo. Sagasta quiere irse á Avila, Gamazo á Santander, Vega Armijo á Mos, Silvela á Burgos, Groizard á las Batuecas, nadie quiere pasar la canícula en Madrid, porque jamás lo han hecho y podría originarles alguna enfermedad.

La salud ante todo. Firmese la paz de cualquier modo, en un aguadicho del Prado ó de Recoletos, en calzoncillos ó en mangas de camisa, entre el taponazo de una botella de cerveza que será nuestro último cañonazo y unos sorbos de limón con pajas de trigo gamacista. La paz antes que la asfixia. Y una vez firmada, España completamente desnuda, podrá bañarse con tranquilidad.

CASCOTE SUELTO

Al saber que en las escuadras de Watson, Schley y Sampson se usan unos proyectiles

que lanza un cañón neumático y que producen efectos terribles, por lo incendiarios, á Jackson Capúz decía un director de teatro:
—Por lo que usted más aprecie le ruego que siga usando ripio macizo, de ese que da tan buen resultado: pues si también usted pone proyectiles incendiarios en esas piezas... neumáticas que hace usted de cuando en cuando, se echará á temblar el público y nadie vendrá al teatro.

Dicen de los donostiarras, que sin ninguna zozobra ni miedo á los comodorsos ni á sus tiros ni á sus bombas, preparan varios festos y juergas esplendorosas. Dicen que allí habrá este año varias corridas patrióticas: y en efecto, ya se encuentran dándoles gusto á las olas allí las de X, Y, Z, señoritas y señoras las jamonas muy dispuestas y muy lánguidas las pollas.

LOS DOS TRISTES MINISTROS

LOS DOS MINISTROS TRISTES

Al salir anteanoche de la Presidencia, donde los ministros liberales habían celebrado Consejo como si celebraran sus propias exequias, el ministro de ex-Ultramar, le dijo al ministro de ex-Marina.

—Amigo Auñin, digo, Auñin, ¿quiere usted venirse en mi coche?

—Con mucho gusto, amigo Girón; ¿y dónde iremos que más valgamos?

—Pues á tomar el fresco por cualquier sitio. Lo dejaremos á la elección del cocherito. Usebio, tira por donde quieras.

—Hacia el Este, señorito?

—Bueno, hacia el Este.

Y los caballos del carruaje del ministro de Ultramar tomaron la dirección de nuestra única colonia.

Largo rato permanecieron ambos ministros en silencio, como si su colaboración con Gamazo les hubiera pegado esa manera de disimular la falta de pensamientos, que es á la vez medio seguro de alcanzar renombre de conspicuo, pues con callar mucho y una carambola de vez en cuando se llega infaliblemente á estadista y á cuñado de Maura.

Por fin, Auñin lanzó un suspiro, que parecía brotado de debajo del asiento. Romero Girón le hizo el dúo suspirando y recogiendo después las faldetas de su célebre manteo, dijo:

—Terribles tiempos alcanzamos, amigo Auñin! Dírale yo en ellos al más pintado la tarea de ser ministro, que á muchos se les antoja bocado de canónigo. Grandes codicias despierta, feroces odios produce y luego ¿qué? salvo el placer de la nómina y el uso del coche, sólo disgustos acarrea y sólo sinsabores ocasiona. Yo no sé como nuestro colega Capdepón engorda en el ministerio de un modo tan escandaloso. Solamente en las papadas muestra más víveres y mantenimientos que los que reúne la guarnición de Santiago de Cuba. Preguntáronle cierto día algunos ministeriales descontentos á Sagasta qué representaba Capdepón en el gabinete, y don Práxedes, con esa frescura que todos le alabamos, les contestó que la polisarcia. Como ellos no sabían qué era ésto, y el presidente lo dijo con cara muy seria y voz muy entera, quedaron convencidos de que la polisarcia era una gran fuerza política y no se habló más. Pero presumo que estos cuentos de épocas más felices no logran disipar sus preocupaciones de usted. ¿Está usted ahí, amigo Auñin?

—Aquí estoy.

—Como necesita uno oír su voz para convencerse de ello!

—Pues aquí estoy á su lado de usted, amigo Girón; pero tan apabullado y tan poca cosa, que Castellano á mi vera podría pasar por aquel gigante aragonés que se exhibió en Madrid para llevarle la contraria.

—Comprendo su desazón y su achicamiento. Yo también, amigo Auñin, padezco idénticos males. ¿Quiere usted que le abra el pecho?

—Abrámelo usted si lo encuentra. Está aquí, encima del estómago.

—No, hombre, se trata del mío.

—Pues ábralo usted, si no tiene miedo de constiparse.

—Yo, amigo Auñin, al levantarme todas las mañanas, caigo en la misma inquietud.

—Menos mal; yo me me caigo de la cama. Pero sepamos que inquietud es esa.

—La siguiente: Soy ministro de Ultramar, pienso al endosarme las zapatillas, de eso no me cabe duda ¿pero dónde está mi ministerio?

—En la plaza de Santa Cruz

—Pues ahí comienzan mis inquietudes.

—Y acaba la calle de Atocha.

—¿Qué me queda de Ultramar? Cuba casi independiente, Puerto Rico en entredicho, Filipinas sulevadas ¿qué me queda de mi ministerio?

—El ministerio.

—Pues eso ¡todas las mañanas temo que haya desaparecido!

—¿El edificio?

—El edificio! ¡Lo demás ya se me marchó!

—Ay, Girón, á mí me sucede lo mismo! Soy ministro de Marina, digo al caerme de la cama ¿pero dónde está la Marina? Deshechos los barcos de Montojo, destruida la escuadra de Cervera y en canal de ida y vuelta la de Cámara ¿qué me queda del ministerio si no el ministerio mismo? y cuando á éste me encamino después de oír una misa, me asalta como á usted el temor de no encontrarlo.

—Ay amigo Auñin, soy un ministro de Ultramar sin Ultramar!

—Ay, querido Girón, soy un ministro de Marina sin marina!

—Señoritos, ya estamos en el Este!—dijo entonces el cocherito, señalando con la fusta un vasto recinto cercado de tapias, por encima de las cuales asomaban las puntiagudas copas de algunos cipreses.—¿Qué hacemos?

Auñin y Girón meditaron. Por fin se decidieron á descender del carruaje, y cogidos de la mano llegaron á la verja de entrada del lúmbre recinto.

—Escuchóse entonces, y como salida de éste, una voz tristesísima que decía:

«¡No se poseen colonias sin marina, no hace falta marina sin colonias. Sois los dos últimos ministros de ambos departamentos. ¡Idos!»

Y así fué, porque Auñin y Girón tomaron á toda prisa el carruaje.

Y cuando pasaban, de regreso á Madrid, por las Ventas del Espíritu de Vino (antes del Espíritu Santo), varios patriotas que en un merendero de la carretera celebraban desenfadada juerga, repararon en el coche ministerial y dijeron, entre risas y chachotas:

—¡Esos dos señores que ocupan el coche de ministro parece que vienen del Este de enterrar algo!

Y prosiguieron sus trinquis y continuaron sus bailiteos al son de un piano de manubrio que tocaba... que tocaba borracho también ¡la marcha de Cádiz!

(Prohibida la reproducción con orla de luto de este fúebre artículo en los carteles de las anunciadoras de los teatros.)

EL PAPEL VALE MÁS

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Si con esto de las paces y con esto de la guerra queda en España un sujeto con humor y con cabeza para leer libros de literatura vaga y amena, con interés verdadero le recomiendo que lea las *Crónicas* que en un tomo publica Joaquín Diez. Yo he leído ya esas *Crónicas*, y Paso, que es tío de ellas, por mas que en él nada es crónico,

porque todo es agudeza, dice que el libro resulta un libro de mucha fuerza alcohólica. ¿No basta que Paso lo afirme y crea? Pues á comprobarlo ustedes, y si mi consejo aceptan, me estarán agradecidos. pues, la verdad dicha sea, con tantísimos... Sepúlvedas como hacen gemir las prensas el público fatigado casi casi no se entera de que en el mundo hay más cosas...

Si no, ahí está *Vida Nueva*, donde el amigo Jurado suele tocar la retreta y *Ararat* ¡Ararat! grita después de lo de Cervera, si Lien esos trompetazos tan fuertemente no suenan cual los que en el mismo sitio suelta el compañero Iglesias, que sobre soplar más fuerte tiene mejor la trompeta. Yo, señores, no comprendo por qué la gente se queja: si hacemos cada ocho días por lo menos, *vida nueva* y gozamos con las cosas

de Camargo y de Contreras y esperamos que el *toxpiro* resulte bien en las pruebas (que ya no se verifican, á ruego de las potencias) ¿qué nos falta? ¿qué queremos? ...

Lean ustedes la prensa, verán los robustos bombos que los diarios *arvean* al libro *Mi mando en Cuba*, del marqués de Polavieja. El libro está bien escrito, tiene acertadas ideas su autor, y se habla... y se dice...

y afirma gente muy seria... ¿lo digo?... que hay *Katipinan* oculto bajo unas cejas y en él entran y en él forman como máquinas de guerra tres ó cuatro rotativas que el día de la cosecha se convertirán sin duda en tres ó cuatro carteras. ¿No han oído ustedes nada? pues lo dice quien se entera bien; en resumen, que el libro del general Polavieja viene á ser como un tanteo ó un cambio sobre la izquierda para preparar el bicho: pues si todo esto no fuera, la verdad, aunque parece una obra importante y seria, en vez de *Mi mando en Cuba*, el general Polavieja, que acá, dicho entre nosotros, resulta un magno profeta del pasado, este otro título al libro poner debiera: *A Cuba y al asno muerto, la cebada en el cecitera.*

.... y armas al hombro

Toldos y cortinas:

«Las denuncias emprendidas por los juzgados municipales contra algunos comerciantes, sobre todo en el distrito de Buenavista, por la colocación de cortinas y toldos, han producido gran disgusto entre la clase citada.»

Pues no hay más remedio que aguantarse.

Eso es lo patriótico.

¡Fuera toldos! ¡Fuera cortinas!

Ya tenemos bastantes sombras.

Mala noticia:

«No es cierto que el general Escario llevase á Santiago un convoy de 300 carretas de víveres.»

¡Ira de Dios!

¡Y pensar que hay en España tanta gente que podía haber tirado de esas carretas!...

—Ya están ahí esos, Gedeón.

—¿Quiénes son esos?

—Los buques yanquis. Acaban de verlos en el golfo de Vizcaya.

—¡Imposible! ¿Tú conoces el golfo de Vizcaya?

—Conozco muchos golfos, pero ese no. Digo, á no ser que el golfo de Vizcaya sea Víctor Chávarri.

CHISPA

Ya pronto se hará la prueba

de esa maravilla nueva

de efectos extraordinarios

que hace tiempo que se lleva

y se trae por los diarios.

Pero llego á sospechar

—aunque en impacencias ardo—

que ese *toxpiro* sin par

será el último petardo...

que nos vamos á llevar.

La escuadra de Cámara hizo rumbo al Mar Rojo, pagando una porrada de duros por pasar el Canal. En cuanto lo pasó, hizo rumbo para la Península, pagando los derechos otra vez.

¿Qué quieren ustedes que les diga del rumbo de la escuadra de Cámara?

¡Viva el rumbo!

Las grandes potencias:

«El emperador Guillermo de Alemania recibió, hallándose en Koppervig (Noruega), la noticia del desastre de la escuadra del Almirante Cervera, exclamando al terminar de leer el telegrama:

«¡Valientes, pero desgraciados!»

En Europa todos somos valientes.

Unos, valientes desgraciados.

Otros, valientes sinvergüenzas.

Con mucho placer vimos en los diarios ministeriales que el Sr. Capdepón había inventado una combinación telegráfica muy ingeniosa para comunicarnos con Manila y con Santiago de Cuba.

Y en efecto, la martingala eléctrica del señor ministro de la Gobernación ha dado resultados maravillosos.

Desde que se puso en práctica no recibimos malas nuevas de Cuba ni de Filipinas.

Ni buenas tampoco.

Dicen de Gibraltar:

«El cónsul de los Estados Unidos está haciendo las adquisiciones necesarias para proveer á Watson de agua, víveres y carbón.»

Sobre todo, carbón.

¿Cuánto carbón consume esta guerra maldita!

Gracias á que habrá leña; porque si no, este invierno nos íbamos á morir de frío.

Más carbón:

Port Said 10.—La escuadra del almirante Cámara tiene carbón suficiente para ir á Cartagena sin necesidad de tocar en ningún puerto.

¡Sí; que no toque.

No estamos ahora para músicas.

¿Era poco el *toxpiro*?

Pues ya tenemos otro explosivo más.

También de la farmacopea casera:

El *zanatíforo*.

Perderemos colonias, eso sí; pero ganaremos palabras.

Ya tenemos dos nuevecitas para la próxima edición del Diccionario:

Toxpiro.—*Zanatíforo*.

Y dos recalentadas:

Gallardia.—*Descontar*.

Combinemoslas, deseando muchas prosperidades en las próximas negociaciones de paz al «gallardo zanatíforo» y al «Toxpiro descontado».

Los adversarios de la paz son, según parece, Auñin, Correa y Blanco.

¿También Auñin?

Indudablemente el ministro de Marina guarda diez ó doce escuadras en su casa y se lo tiene tan callado.

Del último Consejo:

«La información de lo ocurrido en él fué muy difícil, porque los ministros salieron desfallecidos ya y sin ánimos para hablar siquiera.»

Lo creo.

Ya subieron al poder, sin ánimos para gobernar.

—Oye Gedeón y regocíjate.

—Ya escucho.

—Pues mira:

«Londres 11.—Se han desencadenado horribles tempestades en los Estados Unidos.

Una tromba ha destruido casi por completo la ciudad de Steelville, en el Estado del Missouri, resultando muchas desgracias personales. Casi todas las víctimas perecieron ahogadas á consecuencia de la inundación que se produjo en la ciudad. —*Fabra.*»

—Bueno, pero oye una cosa, Calínez.

—¿Qué?

—Todo eso ¿también tenemos que pagarlo nosotros?

VERANEO

Nos escriben desde Gijón que entre la numerosa colonia veraniega que acostumbra a frecuentar aquella playa, se encuentran desde ayer varias distinguidas y respetables piezas de artillería que han de animar mucho la vida tranquila de los gijoneses.

Parece indudable que la provincia española que más contingente de veraneantes dará este año a las playas del Cantábrico, ha de ser *Granada*.

La infinidad de familias de San Sebastián que admiten forasteros durante la temporada de baños, cuenta ya con muchos huéspedes para sus habitaciones.

También cuentan con la huésped, por si acaso.

La playa de las Arenas tendrá este año un aspecto tan pintoresco como los anteriores.

Las casetas de baño han sido sustituidas por garitas de centinela con lo cual nada pierde aquella playa de su aspecto característico.

El matador de toros que más contrata tiene firmadas para este verano es el Bomba.

Parece seguro que este año irán a Vigo una compañía de ópera y cuatro compañías de cazadores.

Procedente de Trubia y acompañado de su bellísima cureña ha llegado a Santander un cañón de 30 centímetros, sistema Hontoria.

Los bañeros de Zarauz están ejercitándose en el manejo del fusil.

El gobierno ha llamado cariñosamente a los reclutas excedentes de cupo, así como a los soldados con licencia temporal para que veraneen por cuenta del Estado en las costas del Océano y del Cantábrico.

Es de aplaudir la gallarda (ya pareció aquello) la gallarda iniciativa del Gabinete, para con nuestros heroicos soldados.

Con rara unanimidad indican los doctores este año los baños de mar para todos aquellos jóvenes descoloridos y anémicos que necesitan hierro.

Muchos dueños de balnearios albergan el temor (ya es albergar algo) de que la pérdida de las colonias sea total.

Es decir, que temen quedarse sin sus respectivas colonias veraniegas.

CON PAN Y VINO SE ANDA EL CAMINO

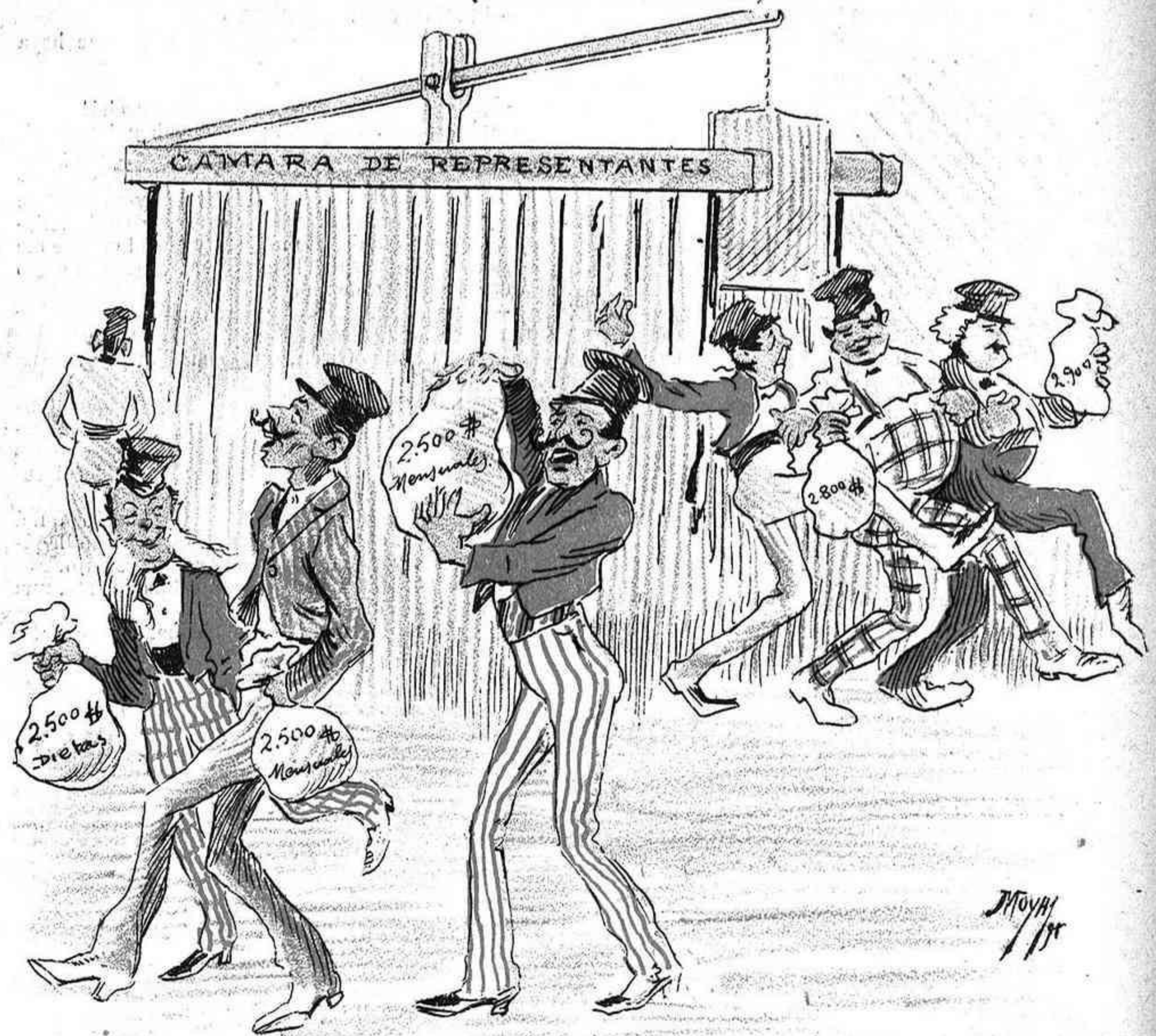
LOS COMPADRES DE LA PAZ



Ni ustedes son compadres, ni ese es el camino.

LOS NUEVOS DIPUTADOS INSULARES

(Música de La Gran Vía.)



Para empezar la carrera hay que tener vocación.

COSAS DEL CHICO

—Aún quiere la guerra y el general Correa a Auñín se aferra: pero en cambio Almodóvar y Gamazo la paz desean en muy breve plazo. Cuando Almodóvar grita: —Pace, pace, sale Auñín replicando: —Tarde piace. —¿Y Sagasta?

—Don Práxedes no atasca, sino hace lo que siempre: oye... y se rasca.

—El gran Romero Robledo, que nunca se chupó el dedo, vió a Weyler muy diligente, le habló al oído muy quedo y fué a la plaza de Oriente. Un reporter prevenido que al ir y al venir le vió le interrogó: —Por su vida, dígame usted a qué ha ido. —Y él dijo: —De despedida.

Viendo barcos que volvían con rumbo a la madre patria le preguntaba un egipcio a nuestro almirante Camara si quería en las alforjas llevar recuerdos a España, de la tierra de Rancés ó Ramsés, para Sagasta. Y el almirante repuso: —¿Yo alforjas? No las llevaba. Verdad que para este viaje tampoco me han hecho falta.

Como estar en la corte causa espanto, porque el calor arrecia tanto, tanto... una mamá decíale a su niño: —¿Qué bien está Taboada, allá en Espiño!

—En cuanto ocurre un desastre (que ocurran muchos al mes) va y se viste el uniforme Auñín, el firme sostén de la patria y se encamina con gallarda intrepidez a los sitios donde importa que se lleguen a saber pronto esas cosas. —¿Va sólo?

—No señor; lleva un papel arrollado.

—No prosigas: me figuro para qué... —No, hombre, que no es para eso. —Pues entónces para ¿qué es? —Para explicar la catástrofe paso a paso, ce por ce. —¿Conque el papel es un plano? —No hombre; qué tiene que ser! Es un dibujo de Caula traducido del inglés.